

LA ARMADA Y EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO

THE ARMY AND THE REVOLUTIONARY GOVERNMENT

Jorge Ortiz Sotelo

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
thalassajos@gmail.com

RESUMEN

El golpe de estado del 3 de octubre de 1968 dio paso al llamado Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, que liderado por el general Juan Velasco Alvarado dio inicio a un proceso de profundas reformas en el país. Durante los casi siete años que Velasco se mantuvo al frente del mismo, la oficialidad naval apoyó algunas de esas reformas, pero se opuso a otras que, propuestas por un sector radical del gobierno, fueron consideradas inaceptables. La figura más representativa de dicha oposición fue el vicealmirante Luis Ernesto Vargas Caballero, cuando se desempeñó como ministro de Marina. Este artículo analiza la compleja relación de la Armada Peruana con el gobierno de esos años.

PALABRAS CLAVES

Historia Naval, Historia del Perú, Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada, Velasco Alvarado, Luis Ernesto Vargas Caballero.

ABSTRACT

The coup of October 3, 1968 gave way to the so-called Revolutionary Government of the Armed Forces, under the leadership of General Juan Velasco Alvarado, who began a process of profound reforms in the country. During the almost seven years that Velasco remained in power, naval officers supported some of these reforms, but opposed others that, proposed by a radical sector of the government, were considered unacceptable. The most representative figure of this opposition was Vice Admiral Luis Ernesto Vargas Caballero, when he served as Minister of the Navy. This article analyzes the complex relationship of the Peruvian Navy with the government of those years

KEYWORDS

Naval History. Peruvian History. Revolutionary Government of the Armed Forces. Velasco Alvarado. Luis Ernesto Vargas Caballero.

Recibido: 30-10-18 / Aceptado: 15-12-18

Aula y Ciencia. Vol. 10. N° 14, 2018, pp. 153-178 | 153

Uno de los temas reiteradamente señalado por el Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada fue la firme unidad de las instituciones militares, y su alineamiento con los propósitos del gobierno. Sin embargo, la forma como dicho gobierno fue evolucionando bajo el general de división Juan Velasco Alvarado, llevó a que dicha unidad se magullara en el plano ideológico, llegando a conformarse tres grupos: los conservadores, los innovadores o modernistas, y los progresistas o radicales (Masterson, 2001, pp. 338-339).

El primero abarcó a la mayoría de los mandos navales y a un menor número de jefes militares y de aviación, apoyando la idea de una limitada participación de la Fuerza Armada en el proceso de reestructuración de la sociedad peruana, y manteniendo o propiciando la inversión privada, nacional y extranjera. Sus principales representantes fueron el vicealmirante Luis Ernesto Vargas Caballero y el general de división Francisco Morales Bermúdez.

Los innovadores o modernistas rechazaron los extremos del capitalismo y el comunismo, pero consideraban que se necesitaba lo mejor de ambos sistemas para reestructurar la sociedad y eliminar las causas de la injusticia social y, con ello, garantizar la seguridad nacional. Creían también que solo la Fuerza Armada debía dirigir ese proceso, y que el mismo debía ser paulatino. Su principal representante fue el general de división Edgardo Mercado Jarrín.

Los progresistas o radicales, en su mayor parte coroneles al momento del golpe, planteaban cambios radicales y la movilización de la población para respaldarlos. Varios de ellos formaron el Comité de Oficiales Asesores de la Presidencia (COAP), y con el correr del tiempo fueron adquiriendo mayor fuerza e influencia con Velasco. En ese proceso incorporaron a varios hombres de izquierda, y fueron adoptando sus posturas e ideas. Formaron parte de este grupo los generales Leonidas Rodríguez Figueroa, Enrique Gallegos Venero, Rafael Hoyos Rubio, Jorge Fernández Maldonado, Miguel Ángel de la Flor, Aníbal Meza Cuadra, José Graham Hurtado y Rolando Gilardi.

A mediados de 1974 surgió un grupo institucionalista al interior del Ejército, en clara oposición a los progresistas. Autodenominado “La Misión” y dirigido por el general de división Javier Tantaleán

Vanini, se opuso a la creciente participación de civiles en el gobierno y a la movilización social en respaldo de las medidas más radicales, pues eventualmente podían arrebatarle las banderas de la Revolución a la Fuerza Armada. Ideológicamente, La Misión cabría en el grupo de innovadores o modernistas, pero a diferencia de Mercado Jarrín, Tantaleán llegó a tener más cercanía con Velasco y a desplazar a los progresistas de su entorno.

En este contexto, se analizará la relación que la Armada Peruana tuvo con el gobierno de Velasco, que expresaría la percepción de su Cuerpo de Oficiales respecto a la Revolución. En dos momentos dichas diferencias se hicieron públicas. El primero se produjo en mayo de 1974, cuando el entonces ministro y comandante general de Marina, vicealmirante Vargas Caballero, hizo una pública defensa de la propiedad privada y de la libertad de expresión, llevando a su renuncia el 30 de ese mes. La segunda tuvo lugar en junio del siguiente año, cuando la escuadra zarpó y obligó a renunciar al ministro de Marina, vicealmirante Guillermo Faura Gaige, por considerar que su actitud socavaba las bases institucionales, un eufemismo para señalar que pretendía que la Armada se alineara con las posiciones más radicales al interior del gobierno.

Estos hechos llevan a plantear algunos temas que trataremos de desarrollar en las siguientes páginas, y que consideramos que pueden ayudarnos a comprender mejor la dinámica al interior de las fuerzas armadas. ¿La Armada secundaba entusiastamente las reformas planteadas por la Revolución?, ¿por qué se opuso a algunas de dichas reformas y a otras no?, y ¿por qué desafió abiertamente al liderazgo de Velasco?

Las fricciones surgidas entre la Armada y el general Velasco y su entorno más radical tienen antecedentes que pueden ser ubicados en las culturas institucionales; pero sus causas inmediatas se encuentran en las diferencias que fueron surgiendo durante el gobierno de Velasco.

ANTECEDENTES

En muchos aspectos la Armada Peruana estuvo ideológicamente reñida con las reformas estructurales estatistas introducidas por el Ejército desde el primer momento del gobierno de Velasco (Masterson, 2001:24-25).

La razón primaria estribaría en las culturas institucionales.

La fuerte influencia de la Misión Naval Norteamericana, que había dirigido a la Armada durante la década de 1920 y que se prolongó por décadas, marcó notoriamente la mentalidad de su cuerpo de oficiales, fortaleciendo la idea de la plena subordinación al poder político. Como eventualmente declaró el almirante Vargas Caballero (1983, p. 169), el oficial naval:

...jamás considera que la política es parte de su carrera como en el Perú durante mucho tiempo el militar sí lo ha considerado así. La prueba de ello es que no hace muchos años a un cadete militar que se graduó con la Espada de Honor en la Escuela Militar de Chorrillos le preguntaron sobre ¿qué ambicionaba para su futuro?, y dijo que al final de su carrera ambicionaba ser Presidente de la República.

Como la mayoría de los oficiales navales, Vargas Caballero (1983:171) consideraba que, por malo que fuera el gobierno de turno, debía terminar su mandato.

La más prolongada influencia de la Misión Militar Francesa (1896-1939), formada en gran medida por miembros del ejército colonial francés, dedicado más a la administración territorial que a la defensa propiamente dicha, dejó en el nuestro una impronta que se tradujo en la idea de construcción y fortalecimiento de la nación como tarea ineludible para alcanzar un nivel adecuado de defensa del país.

La Fuerza Aérea, nacida de la fusión de los componentes aéreos de las otras dos instituciones, recibió influencia tanto italiana como norteamericana, y su actitud respecto a la política nacional usualmente se alineó con la del Ejército.

Otro elemento de las culturas institucionales fue la extracción social de su oficialidad. Si bien no se cuenta con un trabajo de sociología militar sobre este tema, la Armada solía atraer a jóvenes de una mejor posición social que el Ejército. Así, era factible encontrar hijos de oficiales de ejército en la Armada, pero no sucedía lo inverso.

Esto fue señalado por algunos oficiales del ejército que tomaron parte en el Gobierno Revolucionario. Así, según declaró el general Morales Bermúdez (1983:29-30): “Las posiciones políticas que se tomaron en los institutos están relacionadas con la formación y el origen...”, y por ello

consideraba que la Armada era un instituto bastante conservador, pero sus reacciones se producían más en el campo de los procedimientos.

El general Graham (1983:238-239) fue más específico, indicando que este conservadurismo se debía, en parte, al sistema de reclutamiento de la oficialidad naval.

...que no permite que ingrese el pueblo. Quienes ingresan son de la clase media superior para arriba. Además, viene la formación, que se la deben a los lores británicos, es una formación aristocratizante que se refleja en todo. Es por esto que es más difícil que lleguen a sentir, a interpretar la realidad de este Perú. En razón de su función no tienen roce ni conviven con las clases populares. Su personal de tropa lo reclutan entre la gente de puerto. No hay serranos, es personal despierto, muy criollo.

El general Rodríguez Figueroa (1983:76) consideraba que en la Marina había algunos oficiales conservadores, quizá por la extracción social y por su propia actividad profesional, añadiendo que tenían “falta de contacto con la realidad nacional”. Por su parte, el general Fernández Maldonado (1983:136) señaló que “el avance de la Marina en cuanto a conciencia política no estaba al mismo nivel que el del Ejército... Haciendo una comparación real en cuanto a extracción social y en cuanto a conocimiento de la realidad del país hay una buena diferencia”.

Sobre este tema, el historiador neerlandés Dirk Kruijt (2008: 268-269) señaló:

Los círculos de la Marina estaban dominados por una tradición aristocrática, y la oficialidad reclutaba a sus miembros en la clase media alta. Era sabido que en reuniones de la Marina se motejaba de “comunistas” a Fernández Maldonado y Rodríguez Figueroa, que habían colmado SINAMOS de maoístas y castristas. Las frases de Vargas Caballero eran apenas una pálida expresión de los sentimientos que fluían por debajo de la superficie en medios de la Marina.

Lo concreto es que el proceso de reformas iniciado por Velasco fue creando y profundizando fisuras con la Armada en la medida en que

fue “izquierdizándose la posición del Presidente y parte del gobierno” (Casaretto, 1988:113-114).

Dichas figuras fueron personificadas por el almirante Vargas Caballero, quien, representando la opinión de la mayor parte de la oficialidad naval respecto al gobierno, se fue convirtiendo, lo haya querido o no, en el símbolo de la oposición dentro y fuera de las Fuerzas Armadas (Kruijt, 2008, pp. 268-269). Como él mismo señaló años más tarde, se daba cuenta que era necesario llevar a cabo cambios profundos en el país, y reconocía que Velasco tenía una sincera intención de “terminar con las injusticias de nuestra sociedad”, pero creía que esto debía producirse en democracia (Vargas Caballero, 1983, pp. 171-173 y 176. Masterson, 2001, p. 323). Obviamente, no faltaron oficiales navales que apoyaron con entusiasmo a las transformaciones del gobierno militar, e incluso quienes se sumaron a las filas del grupo más radical.

Sobre la base de estos dos aspectos, la tendencia de no intervenir en la vida política y la extracción social de su cuerpo de oficiales, las relaciones entre la Armada y el Ejército fueron presentando puntos de fricción desde el momento mismo del golpe de estado.

EL GOLPE

El golpe del 3 de octubre fue gestado por un pequeño grupo de oficiales de ejército y llevado a cabo por dicha institución, sin previa consulta con la Armada o la Fuerza Aérea. Como solía suceder cuando se producían estas situaciones, consumados los hechos, a los otros institutos armados no les quedaba más aceptarlos.¹ No obstante, el ministro y comandante general de Marina, vicealmirante Mario Castro de Mendoza, se resistió a apoyar el golpe (Prieto, 1996, pp. 118-119) y, como señaló el entonces capitán de navío Guillermo Faura Gaige (1983, p. 98), comandante de la flotilla de destructores, “nos enteramos de la orden del Comandante General de la Marina de que la institución permanecía al margen de los acontecimientos” y, al parecer, se emitió un comunicado en ese sentido (Casaretto, 1988, p. 112).

Exasperado por esa imprevista negativa, Velasco llegó a decir: “¡Con la Marina o sin la Marina, la Revolución tiene que seguir!” (Meza Cuadra, 1983, p.

1 Una notable excepción tuvo lugar en 1872, cuando la Armada se negó a secundar a la revolución de los coroneles Gutiérrez.

328), y el Ministerio de Marina amaneció rodeado por fuerzas militares (Pease y Verme, 1974, I, p. 18). Finalmente, comprendiendo que no podía enfrentarse al Ejército, Castro de Mendoza optó por renunciar al cargo y fue reemplazado por el contralmirante Raúl Ríos Pardo de Zela. Los tres vicealmirantes que en ese momento se encontraban en servicio (Castro de Mendoza, Jorge Barreto Alván y Raúl Delgado Espantoso) quedaron sin cargo alguno hasta finales de año cuando pasaron al retiro por haber cumplido su tiempo de servicio.²

Poco antes, el 5 de diciembre, Ríos pasó al retiro por límite de edad, siendo reemplazado por el contralmirante Alfonso Navarro Romero, ascendido poco después a vicealmirante. No faltaron las especulaciones sobre dicho relevo, atribuyéndolo algunos a nuevas discrepancias entre la Armada y el gobierno, cosa que, de ser cierta, no ha podido ser comprobada (Biblioteca de la PUCP, Borradores de las actas del Consejo de Ministros del gobierno Velasco, 13/4/1971).³

VELASCO PASA AL RETIRO

De acuerdo a las normas vigentes, el 31 de enero de 1969 Velasco debía pasar al retiro por cumplir 35 años de servicio como oficial. Esto, obviamente, planteaba un problema para los mandos militares, ejercidos en ese momento por el general de división Ernesto Montagne Sánchez, el ya mencionado almirante Navarro y el teniente general Rolando Gilardi Rodríguez. La opinión mayoritaria entre los mandos militares era que un oficial en retiro no debía seguir al frente del gobierno de la Fuerza Armada, y que, en consecuencia, Velasco, a quien algunos consideraban muy radical, debía ser relevado por Montagne como presidente de la República. Enterado de este temperamento, y convencido de que sólo él podría llevar adelante la revolución, Velasco maniobró con astucia para mantenerse en el poder. El coronel del Cuerpo Jurídico Arturo Valdés Palacio le hizo ver que solo podría ser relevado si los tres miembros de la Junta de Gobierno así lo acordaban. Dicho acuerdo no se produjo, por el voto en contra de Gilardi, lo que le permitió continuar al frente del gobierno. La reunión en que se tomó dicha decisión fue bastante tensa, y Velasco tuvo palabras muy duras para Montagne y Navarro (Gilardi, 1983, p. 196. Valdés, 1983, p. 254. Prieto, 1996, pp. 118-119).

2 Crónica Nacional, *Revista de Marina*, enero-febrero 1969, pp. 92-93.

3 Este valioso material, junto con otros papeles, fue comprado por la PUCP a la familia de quien fuera el secretario del Consejo de Ministros y comprende las reuniones sostenida desde 1968 hasta 1975. Me fue gentilmente facilitado por el Dr. Antonio Zapata.

LA ENFERMEDAD DEL PRESIDENTE

El 23 de febrero de 1973 Velasco fue intervenido quirúrgicamente en el Hospital Militar al encontrársele un aneurisma en la aorta abdominal. Pocas horas después, al producirse un coágulo en la pierna derecha, se le volvió a intervenir. La recuperación presentó problemas y, ante estos hechos, comenzaron a correr rumores sobre su posible reemplazo por el comandante general del Ejército, rumores que el general de división Edgardo Mercado Jarrín desmintió a fines de ese mismo mes (Pease y Verme, 1974, p. 484).

No obstante, Gilardi convocó a Mercado y al vicealmirante Vargas Caballero a una reunión en la que planteó el tema de la sucesión. Al ser el más antiguo, consideraba que él debía reemplazar a Velasco mientras este estuviera inhábil o sucediera lo peor, pero sus colegas rechazaron tal pretensión, considerando que tal responsabilidad le correspondía a Mercado, tanto por su condición de premier como de comandante general del Ejército (Gilardi, 1983, p. 205-210).

Si bien no se tomó acción alguna después de esas conversaciones, el 10 de marzo Velasco volvió a ser operado y se le amputó la pierna derecha, al habersele gangrenado. Según refiere Gilardi, el crítico estado de salud de Velasco despertó algunas ambiciones, al punto que se habría producido un conato de levantamiento en la División Blindada. Esto llevó a que el día 11 los tres integrantes de la Junta Revolucionaria volvieran a reunirse y emitieran un comunicado señalando que mientras durara la recuperación de Velasco sus funciones serían ejercidas transitoriamente por Mercado (Pease y Verme, 1974, p. 488).

El comunicado fue mal recibido por el jefe de la Casa Militar, quien le informó sobre esto a la esposa de Velasco y luego al mismo presidente, quienes sospecharon que lo que realmente quería la Junta era reemplazarlo en el poder. Dos días después, el 13 de marzo, se promulgó un decreto ley limitando el interinato de Mercado hasta el 31 de ese mes, y al día siguiente el diario *Expreso*, vocero oficioso del grupo radical dentro del gobierno convocó a una gran marcha de apoyo a Velasco (Gilardi, 1983, pp. 205-210. Pease, 1977, p. 105. Vargas Caballero, 1983, pp. 191-193).

No hay indicios que respalden la idea de que la Junta Revolucionaria intentara derrocar a Velasco aprovechando de su estado de salud, pero

fue en esas circunstancias que se agudizaron los enfrentamientos entre el vicealmirante Vargas Caballero y los radicales que formaban el entorno cercano del Presidente. Velasco se tornó crecientemente sospechoso de aquellos que no formaban parte de ese entorno, siendo quizá el sospechoso más notorio el referido almirante.

Antes de tratar la crisis que llevó al enfrentamiento entre la Armada y el Gobierno Revolucionario, cabe decir algunas palabras sobre dos temas que contribuyeron a dicha crisis: la situación de la prensa en esos momentos y las relaciones con los países comunistas, particularmente con Cuba.

Si bien la televisión tenía creciente importancia, la radio y la prensa escrita eran los medios preponderantes. El gobierno había recibido apoyo en algunos temas y criticado en otros, pero en marzo de 1970 expropió algunos diarios, entre ellos *Expreso*, *Extra* y *La Crónica*, que pasaron a ser tenaces defensores de las posiciones más radicales de la Revolución. Por otro lado, los diarios *El Comercio* y *La Prensa*, así como las revistas *Caretas* y *Oiga*, fueron crecientemente críticos con las medidas que el gobierno adoptó a partir de 1970, lo que llevó a que los miembros más radicales del gobierno revolucionario los consideraran peligrosos.

Como parte de su política de no alineamiento, el Perú estableció relaciones diplomáticas con la Unión Soviética en 1969, y tres años más tarde las restableció con Cuba. El régimen de Fidel Castro había sido particularmente activo en apoyar a movimientos de izquierda latinoamericanos, y a partir de 1969 la inteligencia cubana logró establecer contacto con los entonces coroneles Fernández Maldonado, Rodríguez y Gallegos (Suárez y Kruijt, 2015, pp. 103-104), alentando en alguna medida la radicalización de su posición al interior del gobierno. La presencia de la inteligencia cubana en el Perú se incrementó en los años siguientes, a pedido del propio gobierno peruano para “contrarrestar las actividades que estaba desplegando la CIA en ese país”. Dichas actividades fueron detectadas por el Servicio de Inteligencia Naval, incrementando las sospechas en la Armada sobre la “izquierdización” del gobierno de Velasco (Ídem, pp. 470-471).

En este contexto se produjo la crisis que llevó a la renuncia de Vargas Caballero en mayo de 1974, y a la confiscación de los medios de prensa dos meses después.

VARGAS CABALLERO EN EL GOBIERNO

En diciembre de 1968, pese a no desearlo (Vargas Caballero, 1983, p. 177), el entonces contralmirante Vargas Caballero se incorporó al equipo de gobierno como ministro de Justicia y Culto, pasando a la cartera de Vivienda en abril del siguiente año, y en enero de 1972, a la par de ser promovido a vicealmirante, asumió la comandancia general de Marina y ese ministerio.

Como algunos de sus colegas de gabinete y miembros del COAP declararían años más tarde, Vargas Caballero fue considerado un conservador, reflejando en gran medida la postura de la mayoría de la oficialidad naval y de algunos otros jefes militares, a los que Pease (1977, p. 103) califica de defensores de la burguesía liberal.

A diferencia de otros ministros, defendió sus puntos de vista y, en más de una ocasión discrepó alturadamente pero firmemente con Velasco (Meza, 1983, p. 340-341). En varias oportunidades el Presidente señaló que la Marina no estaba alineada con la revolución (Vargas Caballero, 1983, p. 180), y en una de ellas parece que ese comentario fue muy subido de tono, motivando que el almirante Vargas Caballero le responda con energía: “Un momento mi general. Yo no le permito que se hable mal de mi institución”. Al recordar estos hechos, el general Valdés señaló: “Yo solo he visto a tres ministros ponerse en su sitio en el diálogo con Velasco... (Ángel Valdivia Morriberón y Jorge Barandiarán Pagador) y el tercero el almirante Vargas Caballero cuando dice ‘Mi general, a mí instituto no lo tocan’ (Valdés, 1983, p. 269-270).

En términos generales, Vargas Caballero fue respetado tanto por Velasco como por sus colegas del gabinete, pero fue ganándose una creciente antipatía entre los radicales que rodeaban al presidente.

Como ministro de Vivienda, el Almirante buscó proteger la inversión privada en su sector, considerando que una reforma urbana que atentara contra ella sería totalmente contraproducente. Para algunos, su posición era “contradictoria a todas luces con el resto de la política del gobierno”, lo que le valió reiterados ataques desde las páginas de *Expreso*, señalando que la revolución no había entrado a Vivienda. Vargas Caballero replicó acusando

a ese diario de propiciar la lucha de clases (Vargas Caballero, 1983, pp. 178-179. Pease, 1977, pp. 87-88).

Las relaciones entre Vargas Caballero y Velasco comenzaron a resquebrajarse el 23 de marzo de 1973, cuando luego de una ceremonia realizada en la Asociación Nacional Pro-Marina, Vargas Caballero improvisó un discurso en el que señaló que la revolución no tenía intenciones de derivar en un gobierno comunista, y que “Somos un país cristiano y occidental, tenemos una cultura y esa cultura es la que seguiremos defendiendo”. Una semana más tarde ratificó sus declaraciones y añadió: “no es nada nuevo lo que yo he dicho, está establecido en el primer documento del gobierno que fue el Manifiesto”. Sus palabras no fueron bien recibidas por los radicales, y llevaron a *Expreso* a señalar que bajo los conceptos de cristiano y occidental se pretendía defender el sistema capitalista (Pease y Verme, 1974, II, pp. 491-492).⁴

El tema volvió a ser levantado en la sesión del consejo de ministros del 24 de abril, cuando Vargas Caballero se opuso a la propuesta del ministro de Pesquería, general de división Javier Tantaleán Vanini, de estatizar la industria pesquera, pues ello retraería la inversión privada. En esas circunstancias el general de división José Graham Hurtado, jefe del COAP señaló que “hay declaraciones de altos miembros del Gobierno que han creado temores en los oficiales de que vamos al Comunismo”. Velasco fue enfático al señalar que si bien había un acercamiento a Cuba, la Revolución había sido clara al señalar su rechazo al comunismo (Borradores, 24/4/1973).

Días después, en una nueva sesión del gabinete, Vargas Caballero insistió en oponerse a la estatización de la pesca, señalando que no veía en ella ninguna ventaja y sí una grave amenaza a la inversión privada. Pese a ello, se decidió dar dicho paso, y el 7 de mayo el Estado asumió el monopolio de la industria de harina y aceite de pescado, creando para ello Pesca-Perú (Borradores, 4/5/1973).

Naturalmente, la medida fue rechazada por el sector industrial y por diversos medios, y defendida por los que respaldaban al gobierno, pero en esencia alimentó los temores de que la Revolución estatizara otros sectores,

4 Crónica Nacional, *Revista de Marina*, marzo-abril 1973, pp. 196-197.

entre ellos, el financiero. Tratando de contrarrestar esta percepción, el 11 de mayo el ministro de Vivienda, contralmirante Ramón Arróspide Mejía, declaró que el ahorro es y será intangible (Pease y Verme, II, p. 508); y dos semanas más tarde, Vargas Caballero insistió en marcar distancia con el comunismo al declarar que "...este gobierno está imbuido de ese espíritu humanista, de ese espíritu cristiano y occidental, y esta será la única forma de civilización que tendremos en el país" (Pease y Verme, 1974, II, p. 514). Añadió luego que algunos piensan que la

... civilización cristiana y occidental está llena de taras, llena de errores, y que debemos cambiar totalmente el sistema. Bueno, este gobierno no lo cree así y muchas veces lo hay dicho... Somos un pueblo profundamente religioso; creemos en el cristianismo, en el verdadero cristianismo, y por eso no podemos cambiar de forma de gobierno ¡y no lo vamos a hacer! (Pease y Verme, 1974, II, p. 514).⁵

Los medios recogieron y amplificaron las diferencias que se iban produciendo al interior del gobierno, entre aquellos que buscan radicalizar la revolución y quienes, sin rechazarla, buscaban que no se desvíe de sus planteamientos iniciales, identificando como figura visible de este último grupo a Vargas Caballero.

El 6 de junio, refiriéndose a las diferencias señaladas, el Almirante declaró que no había bandos encontrados al interior del gobierno. "No todos tenemos una opinión uniforme y regimentada; todas las cosas las discutimos en el gabinete y cada uno opina libremente y las decisiones se toman por mayoría de votos". Y añadió luego: "Tenemos un sistema que no es capitalista ni comunista, y de esa línea no nos apartamos" (Pease y Verme, II, p. 523).

En los días siguientes volvió a hacer declaraciones, señalando que las discrepancias a nivel de gobierno o de la prensa eran saludables. Precisó que, ante acusaciones a *La Prensa* y *El Comercio* de ser reaccionarios, "yo creo que son periódicos, que son medios de información y que es lógico que en algunos casos estén de acuerdo con este gobierno y en otros no" (Pease y Verme, II, pp. 526-527).

La distancia entre Vargas Caballero y los radicales se fue acrecentando, pero durante algunas semanas no hubo nuevas declaraciones suyas ni

5 Crónica Nacional, *Revista de Marina*, mayo-junio 1973: pp. 311-313.

acusaciones de parte de sus detractores. La confrontación se reavivó en agosto, cuando a raíz de un conflicto entre propietarios y trabajadores de *El Comercio*, el ministro de Transporte y Comunicaciones, general de brigada Raúl Meneses Arata, atacó duramente a los primeros. Al día siguiente, 11 de agosto, Vargas Caballero señaló que el tema en dicho diario era laboral y no político, como algunos pretendían “hacer conocer a la opinión pública, porque sería aceptar un ejemplo funesto en el país”. Añadió luego que ha defendido a *El Comercio*

...y lo seguirá defendiendo toda la vida. Es un buen diario. Tiene buenas informaciones y a través de su larga trayectoria ha batallado constantemente contra la International Petroleum Company referente a la Brea y Pariñas.

Los periódicos pueden opinar con toda libertad y la libertad comienza con la libertad de opinión, así como yo opino en este momento, porque sabemos que estamos en un país libre y democrático (Pease y Verme, II, pp. 579-580).

Obviamente, estas declaraciones produjeron reacciones entre los miembros más radicales del gobierno, siendo respondidas por los generales Jorge Fernández Maldonado y Meneses Arata (Pease, 1977, p. 107). Este último señaló que era interesado decir que sus declaraciones politizaban el problema, cuando otro ministro, que tampoco es el de Trabajo, declaraba defendiendo a los propietarios.

La confrontación se había hecho evidente, y esto llevó a Vargas Caballero a pedir a Velasco la salida de Meneses. La reunión, en la que participaron al menos los generales Mercado, Gilardi y Graham, fue tensa, y en medio de la discusión Velasco llegó a decir que Meneses era un revolucionario y Vargas Caballero un contrarrevolucionario. Obviamente, Vargas Caballero protestó, pero Velasco estaba descontrolado (Graham, 1983, pp. 241-243). Ante estos hechos, se propuso que el Consejo de Ministros aprobara que en lo sucesivo las declaraciones de política general fueran efectuadas exclusivamente por el Presidente o por el Primer Ministro; y que los demás ministros sólo efectuasen declaraciones referidas a su sector. El tema fue debatido y aprobado por el Consejo, añadiéndose que si un ministro hacía declaraciones políticas de carácter general o correspondiente a otro sector, estaba expresando su deseo de no continuar en el equipo de la Revolución, y debía someterse al Gabinete para que este resuelva su renuncia al cargo (Borradores, 14/8/1973).

Tomado dicho acuerdo ministerial, la confrontación amainó, al menos en lo exterior, contribuyendo a ello un comunicado de la Marina en que se señalaba que el diario *La Prensa* había tergiversado unas declaraciones hechas por el ministro Vargas Caballero en un agasajo ofrecido a la Asociación de ex Cadetes Navales. Dicho comunicado reiteraba el firme compromiso institucional con el proceso revolucionario, con sus postulados, sus principios, con lo hecho y con lo por hacer. Esto fue destacado por el propio Velasco en la reunión de gabinete (Borradores, 4/9/1973).

Pero esto era solo una tregua, pues el 1° de febrero de 1974, al inaugurar el año académico en la Escuela Superior de Guerra Naval, Vargas Caballero se refirió a la posición del diario *Expreso*, que alentaba la lucha de clases, indicando que el gobierno no creía en ella, y que el Perú no era comunista ni capitalista. *El Comercio* señaló que el Almirante habían defendido el régimen de libertades, incluyendo el de la propiedad, al reclamar al gobierno acción firme contra el comunismo; lo que fue replicado por *Expreso* y *La Nueva Crónica* atacando a *El Comercio* e indicando que buscaba convertir a Vargas Caballero en una figura disidente (Calderón, Filomeno y Pease, 1975, pp. 775-776. Pease, 1977, p. 118).

Henry Pease (1977, p. 113) considera que la actitud de Vargas Caballero respecto a *El Comercio* iba “más allá de la simple simpatía o de la coincidencia parcial: es una perfecta articulación política que se liga con los grupos sociales que más fuertemente se oponen al gobierno, desestabilizándolo”.

Meses más tarde, el sábado 25 de mayo, al ser preguntado sobre una reunión organizada por la Federación de Periodistas, Vargas Caballero volvió a referirse a la libertad de expresión, precisando que era uno de los postulados del Gobierno Revolucionario. Dos días después *El Comercio* publicó un editorial titulado “El derecho y el deber de discrepar”, señalando que quienes se oponían a ese derecho eran los comunistas y los oportunistas (Calderón, Filomeno y Pease, 1975, pp. 845-846).

Estas nuevas declaraciones coincidieron con la deportación de Javier Arias Stella, secretario general de Acción Popular, siendo muy mal recibidas por Velasco y el grupo radical. Peor aún cayeron las que hizo Manuel Ulloa en Brasil al recibir a Arias Stella, señalando que “hay sectores de las Fuerzas Armadas peruanas que tienen desavenencias cada

vez mayores con el régimen personalista y socialista del general Juan Velasco Alvarado” (Calderón, Filomeno y Pease, 1975, p. 844), y que este podría ser derrocado a fines de año (Pease, 1977, p. 120).

Vargas Caballero fue a buscar a Velasco y tuvieron una larga y tensa conversación, en la que el Almirante sostuvo que como ministro de Marina se confinaba a lo suyo, pero como miembro de la Junta podía hablar sobre todos los temas. Además, calificó de un error la deportación de Arias Stella, que había sido hecha sin consultarlo con los miembros de la Junta; y que tanto el tema de la civilización occidental y cristiana, como de la libertad, estaban en el Manifiesto y en el Estatuto. Velasco insistió en que las declaraciones de Vargas Caballero eran inconvenientes y que ningún ministro estaba de acuerdo con ellas. El Almirante replicó que si los ministros no estaban de acuerdo con lo señalado en el Manifiesto y el Estatuto, entonces estaban haciendo otra revolución. Finalmente, ambos se calmaron y se despidieron, considerando Vargas Caballero (1983, pp. 200-201) que el incidente había sido superado.

Dos días después Velasco dio una conferencia de prensa en la que denunció un plan contrarrevolucionario en el que está comprometido *El Comercio*, y “que no debía confundirse libertad de expresión con libertinaje” (Gilardi, 1983, pp. 217-222). Añadió luego que las declaraciones de Vargas Caballero eran un punto de vista personal, y que en agosto de 1973 el Gabinete había acordado que:

...las declaraciones de tipo político, sobre la concepción o el curso del proceso, estaban reservadas al que habla y al Primer Ministro. Los demás señores ministros quedaban autorizados a formular declaraciones en los asuntos concernientes a su sector, y que aquel que incumpliera este acuerdo debería presentar su renuncia. Es un acuerdo que consta en el libro de actas del Consejo de Ministros (Calderón, Filomeno y Pease, 1975, pp. 847-850).

En otras palabras, estaba pidiendo la renuncia de Vargas Caballero.

Al conocer estos hechos, Vargas Caballero reunió al Consejo de Almirantes, que acordó respaldarlo considerando que en su condición de integrante de la Junta Revolucionaria podía declarar sobre cualquier tema. La Armada se preparó a sostener a su comandante general, y poco después de las 4 de la tarde se dispuso inamovilidad absoluta y que la Escuadra

se preparase para zarpar⁶. Asimismo, el Consejo de Almirantes redactó un comunicado en el que, reiterando el apoyo a la Revolución, manifestaba su pleno respaldo a Vargas Caballero. Dicho comunicado, que hacía públicas las discrepancias en las más altas esferas del gobierno y colocaba a la Armada en franca confrontación con el presidente Velasco, fue entregado a los medios de prensa y apareció publicado al día siguiente, 30 de mayo (Calderón, Filomeno y Pease, 1975, pp. 850-851).

Cabe señalar que el contralmirante Alberto Jiménez de Lucio, ministro de Industria y Turismo, no tomó parte en el Consejo de Almirantes, permaneciendo leal a Velasco durante la crisis (Borradores 4/6/1974); y que al menos tres contralmirantes no fueron consultados sobre el contenido del comunicado. Estos fueron Guillermo Faura, José Conterno Montani y Rafael Durán Rey, el primero al mando de la Escuadra y los otros dos ocupando cargos en la misma, que se retiraron del Consejo poco después de medianoche para reunir a los comandantes de unidades en el BAP *Almirante Grau* y explicarles la situación (Faura, 1983, pp. 101-102).⁷

Por otro lado, Vargas Caballero se reunió con Mercado y Gilardi, y según este último le “pidieron apoyo para decisiones extremas” (Gilardi, 1983, p. 217-222). Tras una larga discusión, se optó por hablar con Velasco en la mañana siguiente. Gilardi indica que se acordó que la Marina no publicaría ningún comunicado, pero la aparición del mismo en la prensa el día 30 frustró toda posible conciliación. Lo cierto es que Velasco ya estaba enterado de todo, pues Gilardi había informado de la reunión al Ministro del Interior antes que se produjera, y luego de ella al propio Presidente. Velasco estaba indignado y convencido que Mercado y Vargas Caballero querían derrocarlo (Gilardi, 1983, p. 217-222).

Pasada la medianoche, el presidente convocó a reunión de gabinete extraordinaria, a la que obviamente no asistió Vargas Caballero. El ministro de Vivienda, contralmirante Arróspide, que había tomado parte en el Consejo de Almirante, llegó tarde y trató de proponer un arreglo, pero los ánimos estaban caldeados y no pudo conseguir nada. Más tarde aún, llegó el ministro de Guerra, general Mercado, y poco después se supo que la Marina había enviado a algunos medios de prensa un comunicado sobre

6 Archivo Histórico de Marina, diario de bitácora del B.A.P. *Almirante Grau*, miércoles 29/5/1974.

7 Archivo Histórico de Marina, diario de bitácora del B.A.P. *Almirante Grau*, jueves 30/5/1974.

la situación. Esto llevó a que se criticara duramente a Vargas Caballero “y finalmente se acordó casi por unanimidad que el Ministro de Marina debía renunciar” (Gilardi, 1983, p. 217-222).

Al amanecer del día 30 los generales Mercado, Gilardi y Cavero Calixto, este último presidente del Comando Conjunto, fueron al Ministerio de Marina para pedirle a Vargas Caballero su renuncia. Este señaló que tomaría su decisión luego de consultar con sus almirantes, y que daría una respuesta en horas de la mañana. Los almirantes plantearon que no renunciara y resistiera, pero Vargas Caballero era consciente que un hecho de esa naturaleza habría producido un lamentable baño de sangre en la que tanto su institución como el país se verían seriamente perjudicados. Pese a la insistencia de los almirantes en que se mantuviese en el cargo, optó por dejarlo y pasar al retiro a su solicitud. Su sucesor sería el vicealmirante José Arce Larco (Calderón, Filomeno y Pease, 1975, p. 851. Kruijt, 2008, pp. 269-273. Vargas Caballero, 1983, pp. 200-205. Mercado, 1983, pp. 299-301).

En un mensaje al personal naval, aparecido en *El Comercio* al día siguiente de su renuncia, Vargas Caballero señaló que como “último acto de mando de mi carrera naval, ordeno a todos y cada uno de los miembros de nuestra institución mantener la disciplina y respeto a nuestras tradiciones y cumplir las órdenes que los superiores impartan...” (Calderón, Filomeno y Pease, 1975, pp. 851-852).

“La Marina hizo cuerpo con su ministro. Lo apoyó y, ante la derrota, endureció sus posiciones frente al régimen”. El problema era ahora institucional y tendería a polarizarse (Pease, 1977, p. 121).

Como un entonces joven teniente recuerda (Casaretto, 1988, pp. 113-114):

Nos sentimos muy tocados cuando percibimos que el general Velasco presionaba la renuncia del Ministro, hecho agravado además por la forma irrespetuosa con que iba caminando el asunto... El día que el ministro llevó a Palacio su renuncia, la Armada estaba en virtual movilización... La actitud del Almirante evitó, posiblemente, un grave enfrentamiento armado, hecho para el cual los oficiales jóvenes especialmente nos sentíamos muy bien dispuestos.

Para Kruijt (2008, pp. 269-273), Velasco cometió un error al forzar la salida de Vargas Caballero, pues si bien se le había opuesto en algunos

temas, no era un detractor declarado que quisiera o pudiera movilizar un frente en su contra. “Era muy estimado entre los oficiales de la Marina y, en su calidad de comandante, ventilaba las críticas de su oficialidad. Esto funcionaba como válvula de escape de las presiones acumuladas las que, a la vez, eran canalizadas y controladas.” Ahora habían humillado a la Marina.

Años más tarde, Vargas Caballero señaló:

Mi momento más difícil fue cuando decidí renunciar. Me costó mucho esfuerzo poder convencer a mis colegas de la Armada que mi renuncia era la única forma de evitar un conflicto inútil con el Ejército y la Fuerza Aérea, lo cual podría ser contrario a la Armada y probablemente costaría muchas vidas (Masterson, 2001, pp. 338-339).

ARCE EN EL MINISTERIO

Al momento de la renuncia de Vargas Caballero, el vicealmirante José Arce Larco se encontraba como agregado naval en Washington. Compañeros de promoción, Arce había sido más antiguo hasta el ascenso a vicealmirante.

Según declaraciones posteriores, estaba convencido que la crisis se había producido por influencia de la CIA, pero que había sido mal manejada por Velasco (Arce, 1983, pp. 21-22).

Arce viajó esa misma noche y el 31 fue reconocido como comandante general y ministro de Marina. Tomaba el mando en circunstancias complicadas. Por un lado, Velasco quería dar de baja a todos los que habían firmado el comunicado; mientras que buena parte de la oficialidad quería que el enfrentamiento continuase.

Sobre lo primero, Arce señaló:

Yo le hice ver que eso sería golpear demasiado a la Marina porque si todos habían firmado quedarían solo capitanes de navío. “Déjame manejar este asunto a mí” le pedí. Él contestó: “se van”. Arce continuó argumentando y finalmente aceptó dejar en sus manos el asunto. Fue al Ministerio y reunió a los almirantes, pidiéndoles la renuncia a Arróspide

e Indacochea. Posteriormente salieron otros dos almirantes: Carbajal y Cuadros. (Arce, 1983, pp. 21-22).

Este último, siendo comandante general de la Base Naval del Callao, había tratado que la escuadra se sublevara, acusando además a la Fuerza Aérea de haberle quitado el respaldo al vicealmirante Vargas Caballero. “El operativo fracasó porque los comandantes de los buques vinieron a denunciarlo ante el mismo comandante general de la Escuadra, Faura, quien los reunió y los trajo a conversar conmigo”. Arce convocó a Cuadros y lo conminó a pedir su baja, convencido de que buscaba derrocar a Velasco en complicidad con el líder del Partido Popular Cristiano, Luis Bedoya Reyes. Algún tiempo después, este último hizo declaraciones que le daban la razón a Arce (Arce, 1983, pp. 23 y 26. Faura, 1983, p. 106. Borradores, 4/6/1974).

Por otro lado, apenas tomó el mando

Varias delegaciones de oficiales llegaron a buscarme a mi casa y mi esposa los atendió y les prometió que yo iría a visitarlos. Cuando lo hice ya no me dijeron nada, solo querían saludarme. Yo sabía que querían que el enfrentamiento continuara y por ello dilaté la oportunidad de reunirme, hasta que estuvo más tranquilo el ambiente... (Arce, 1983, p. 23).

Pocos días después el vicealmirante Augusto Gálvez Velarde asumió la cartera de Vivienda y el contralmirante Jorge Parodi Galiani se hizo cargo de la Oficina Nacional de Integración; en reemplazo de los ya mencionados Indacochea y Arróspide. A este último se le acusaba de haber reunido a los directores de su ministerio y pronunciado “frases inconvenientes respecto a la salida del almirante Vargas Caballero” (Calderón, Filomeno y Pease, 1975, pp. 851-852. Borradores, 4/6/1974).

Comprensiblemente, Arce y Velasco buscaron exteriorizar que la crisis con la Armada había quedado en el pasado. Condecoraciones e invitaciones se prodigaron de una y otra parte (Calderón, Filomeno y Pease, 1975, p. 862)⁸; y no faltaron tempranas declaraciones del Ministro sobre el derecho a la discrepancia, señalando que “todo el mundo tiene derecho a discrepar, pero dentro de la Revolución... no para hacer la contrarrevolución” (Calderón, Filomeno y Pease, 1975, p. 866).

8 Documental y Crónica Gráfica, *Revista de Marina*, mayo-junio 1974: pp. 345, 352, 354-355 y 359; julio-agosto: pp. 442-448.

No obstante, la inquietud en la Armada persistía, al punto que hubo rumores que el atentado que sufrieron los generales Tantaleán y Arbulú, en la noche del 1° diciembre de 1974, fue hecho por miembros de Inteligencia de Marina, organismo que mantenía estrechos contactos con la CIA (Kruijt, 2008, pp. 269-273). En una reciente publicación, Hugo Guerra y Juan Balcázar (2017, pp. 109-110) señalan que hubo planes para un levantamiento naval que debía estallar el 6 de diciembre, mencionando los nombres de algunos de los involucrados. Por razones no esclarecidas, dicho levantamiento no llegó a producirse, resultando raro que las investigaciones llevadas a cabo por la Dirección de Inteligencia Naval, que involucraban a 53 oficiales, no generaran una reacción en Arce, ni luego en su sucesor.

Haciendo un balance, Arce logró capear la crisis de mayo, pero su presencia al mando de la Armada estaba destinada a ser breve, pues en diciembre de 1974 debía pasar al retiro. Por ello, en setiembre propuso a Velasco que su sucesor fuera el vicealmirante Manuel Amat y León, pero el Presidente consideró que quien debía sucederlo era el vicealmirante Faura. Arce defendió su propuesta, que respetaba la ya magullada antigüedad en el servicio naval, añadiendo que Faura al frente de la Escuadra era una garantía, pero finalmente debió aceptar la decisión del Presidente.

Tras dejar su cargo, fue nombrado embajador en Estados Unidos.

FAURA

El nombramiento de Faura obligó a pasar al retiro a los almirantes Amat y León, Luis López de Castilla Hidalgo y Jorge Bellina Eggerstedt (Arce, 1983, p. 25. Faura, 1983, p. 104). Esto fue “la gota que colmó la medida en los altos mandos de la Marina: se sentían desplazados por segunda vez, ya no podían esperar mucho más” (Kruijt, 2008, pp. 269-273).

En la madrugada del 2 de enero de 1975, momentos antes que Faura juramentara como ministro de Marina, estalló una potente bomba en su casa que si bien causó daños materiales no afectó a ninguno de los miembros de su familia ni al personal de seguridad que la custodiaba, que según el diario *Correo* había sido retirado poco antes. Horas después, Faura juramentó como ministro y al término de la ceremonia declaró: “La Marina, como parte integrante indivisible de la Fuerza Armada, está plenamente

identificada con las aspiraciones del pueblo peruano, ya que solo así puede lograr una patria libre, independiente y soberana”.⁹

Al día siguiente el personal naval expresó su solidaridad con el nuevo ministro, haciendo uso de la palabra el jefe del Estado Mayor General, contralmirante José Conterno Montani: “nuestra única respuesta a esta vil maniobra es anteponer nuestra inquebrantable institución y la gran familia naval”.¹⁰

En su proclama al asumir el cargo, Faura rechazó “todo aquello que pretenda utilizar a la institución para satisfacer intereses extraños a sus principios con fines vedados. La unión alcanza su máxima dimensión, cuando se gesta y se identifica alrededor del comando: es la entrega total a la Patria y a la Revolución”.¹¹

Las investigaciones sobre el atentado llevadas a cabo no llegaron a identificar a sus autores, pero se sospechaba de algunos oficiales navales. Guerra y Balcázar (2017, pp. 119-120) señalan que los promotores de esta suerte de rebelión al seno de la Armada fueron los entonces capitanes de corbeta Luis Polar Echeandía, Juan Aicardi Elcorrobarrutia, Luis Giampietri Rojas y Ángel Fasce Villavicencio, cuando en 1974 eran alumnos del curso de Estado Mayor en la Escuela Superior de Guerra Naval. Como se verá más adelante, este grupo iría involucrando a algunos almirantes y a otros oficiales, lo que llevaría a una acción que determinó la caída de Faura.

Hombre de temperamento fuerte, Faura continuó con la política de su predecesor y pasó al retiro a varios jefes, lo que obviamente aumentó el malestar en la institución naval. A principios de abril de 1975 circulaban rumores sobre ese descontento e incluso de una reunión que habrían sostenido los comandantes de buque. Ante esto, Faura convocó a los comandos y llegó a la conclusión que la situación estaba bajo control, informando al respecto al gabinete (Borradores, 11/4/1975).

Pero el malestar estaba allí, y finalmente estalló en franca rebeldía aprovechando un viaje de Faura a Iquitos el 21 de junio (Pease y Filomeno, 1977, p. 1462).

9 Documental, *Revista de Marina*, enero-febrero 1975, pp. 81-82.

10 Documental, *Revista de Marina*, enero-febrero 1975, pp. 81-82.

11 Documental, *Revista de Marina*, enero-febrero 1975, p. 84.

El miércoles 25 de junio, pasado mediodía, catorce buques se hicieron a la mar a órdenes del contralmirante José Carbajal Pareja, quien siendo director de Abastecimientos Navales se embarcó en el B.A.P. *Almirante Grau*. La escuadra se mantuvo navegando algunas horas y volvió a su fondeadero poco antes de las 10 de la noche¹². Once días antes había pedido su pase al retiro el contralmirante José Mazuré Gamboa, aparentemente para no verse involucrado en esos hechos (Faura, 1983, p. 110).

Los amotinados emitieron un manifiesto en el que, además de reiterar el apoyo de la Armada a la revolución, pedían el relevo de Faura por haber cometido “reiteradamente ‘actos que socavan las bases institucionales, que han originado entre otros efectos negativos un ambiente de malestar institucional y de frustración profesional” (Faura, 1983, p. 111). El contralmirante Parodi y otros dos oficiales fueron comisionados para llevar dicho mensaje al general Morales Bermúdez, entonces primer ministro, quien estaba a punto de dar una conferencia a oficiales y cadetes en la Escuela Militar (Prieto, 1996, pp. 198-199. Guerra y Balcázar, 2017, pp. 121-122).

Morales recuerda esa reunión, indicando que luego de recibir a los comisionados:

Fui a Palacio a ver al general Velasco, acompañado de la comisión de la Marina, oficiales de alto nivel, mensajeros y promotores de esta petición... Velasco los escuchó con mucha tranquilidad. La comisión regresó a la Marina y yo me quedé conversando con Velasco para ver qué se podía hacer en esta situación. (Prieto, 1996, pp. 198-199).

A primeras horas de la tarde del día 25, Faura llegó a Lima acompañado por el vicealmirante Augusto Gálvez Velarde, con la intención de ir a los buques con el contralmirante Fernández Dávila Noriega, comandante general de la Escuadra, pero Velasco consideró que era inútil y le pidió que aceptara los hechos y presentara su renuncia (Faura, 1983, p. 112). Sin apoyo del Presidente, de Morales Bermúdez y de Gilardi, Faura tuvo que renunciar, y Gálvez fue nombrado comandante general y ministro de Marina (Pease y Filomeno, 1977, pp. 1469-1470).

La primera tarea de Gálvez fue resolver la crisis que se había presentado en su institución, puesto que la alternativa que planteaba

12 Archivo Histórico de Marina, diario de bitácora del B.A.P. *Almirante Grau*, miércoles 25/6/1975.

Velasco era encargar el tema al Comando Conjunto, “por cuanto no es posible admitir la indisciplina y tendría que tomarse medidas para terminar en este motín” (Borradores, 26/6/1975).

Gálvez se reunió en el Ministerio con un grupo de almirantes; y a las 10:30 de la noche se embarcó en el crucero *Almirante Grau*, acompañado por los contralmirantes Parodi, Aurelio Masías Abadía, Carlos Tirado Alcorta y varios oficiales más¹³, siendo recibido por el contralmirante Carvajal y el capitán de navío Víctor Nicolini del Castillo, comandante de ese crucero.

Entre medianoche y las 4 de la mañana del día 26 se reunieron con los comandantes de los buques y de otras unidades navales¹⁴, llegando a la conclusión que la oficialidad naval apoyaba la revolución pero solicitaba tres cosas:

- 1) que el contralmirante Parodi fuera jefe del Estado Mayor, posibilitando así que entrara en la línea de reemplazo;
- 2) que el contralmirante Carvajal asumiera el mando de la Escuadra; y
- 3) que el capitán de navío Raúl Sánchez Sotomayor comandara la Flotilla de Submarinos.

Para evitar que la situación se prolongase, Gálvez aceptó hacer dichos nombramientos como destakes temporales hasta conversar con el Presidente, quien era el único que podía hacer los nombramientos. Acordado esto, los buques retornaron a sus fondeaderos, luego de lo cual Gálvez, acompañado por Carvajal, Parodi y Masías, se dirigió al Ministerio donde convocó a una reunión de comandos. En ella reiteró que el único pedido que se había hecho inicialmente era la salida de Faura, y que él había asumido la responsabilidad de destacar a los oficiales que la Escuadra había pedido, pero que para eso tenía que informar al Presidente. Al parecer, la reunión fue tumultuosa y la queja generalizada se centró en los continuos vejámenes que había recibido la institución por parte tanto de Arce como de Faura. Hubo comentarios sobre un posible engaño a la Escuadra, pero finalmente se reiteró el pedido de mantener en el mando a los oficiales en los que confiaban (Borradores, 26/6/1975 y 10/7/1975).

13 Ibidem.

14 Ibidem.

El nuevo pedido de la Escuadra no fue bien recibido por Velasco, por lo que los tres marinos que formaban parte del Consejo (Gálvez, Pareja y Parodi), optaron por retirarse de la reunión mientras se debatía el tema. Finalmente, con el voto en contra del canciller Mercado y del ministro de Energía y Minas, Fernández Maldonado, se aceptó únicamente el nombramiento de Parodi como jefe del Estado Mayor General de Marina. Conocido esto por Gálvez, indicó que nombraría como comandante general de la Escuadra al contralmirante Juan Egúzquiza Babilonia, y al capitán de navío Fernando Roca Alzamora como comandante de la Flotilla de Submarinos (Borradores, 26/6/1975).

La tormenta había pasado, pero solo por un tiempo, pues lo que vendría poco después sería algo mayor, el relevo de Velasco por Morales Bermúdez. Las razones parecen haber sido las mismas, la creciente radicalización del proceso revolucionario.

A modo de conclusiones, se puede señalar que la Armada participó en el Gobierno Revolucionario sin excesivo entusiasmo, pero mantuvo una actitud que ciertamente resultó conservadora que, en esencia, ejerció una suerte de balance al grupo progresista. El líder naval más destacado de ese periodo fue el almirante Vargas Caballero, quien apoyó algunas de las reformas emprendidas por el régimen de Velasco, pero se opuso tenazmente a otras.

En la medida en que los radicales fueron adquiriendo mayor influencia, y la presencia cubana se incrementó, los temores de que el Perú optara por la vía comunista aumentaron. De una forma u otra, aquello resultaba inaceptable para los moderados y conservadores, grupo este último con el que se identificaba la mayor parte de la oficialidad naval. Vargas Caballero fue la expresión visible de esa actitud, y la crisis de mayo de 1974 resultó inevitable cuando se hicieron públicas las diferencias al interior del gobierno, llevando a la Armada a secundar a su jefe y a desafiar públicamente el liderazgo de Velasco.

La salida de Vargas Caballero afectó severamente las relaciones interinstitucionales entre la Armada y el Ejército, y si bien los almirantes Gálvez y Faura procuraron restañar las heridas, abrieron otras al interior de la Armada que llevaron al levantamiento de junio de 1975.

Más allá de juzgar si unos u otros actuaron bien, los hechos referidos evidencian cómo la participación de las Fuerzas Armadas en la vida política del país, afecta a la indispensable unidad que deben tener para actuar en la defensa de la Nación. Esta, quizá, deba ser la principal lección que nos dejan.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Arce, J. (1983). “Agresión imperialista”, *Tello*: I, pp. 15-35.
- Calderón, J., Filomeno, A. y Pease, H. (1975). *Perú 1968-1974, cronología política*, III. Lima: Desco.
- Casaretto, F. (1988). *Una historia muy pequeña*. Lima: Imprenta de la Marina.
- Faura, G. (1983). “Motín en la Marina”, *Tello*: I, pp. 95-116.
- Fernández, J. (1983). “Socialismo Militar”, *Tello*: I, pp. 117-187.
- Gilardi, R. (1983). “La Junta de Gobierno”, *Tello*: I, pp. 189-226.
- Graham, J. (1983). “Los hombres del presidente”, *Tello*: I, pp. 227-282.
- Guerra, H. y Balcázar, J. (2017). *El fin del velasquismo y la acción institucional de la Marina de Guerra del Perú, 1975*. Lima: Universidad Ricardo Palma.
- Kruijt, D. (2008). *La revolución por decreto. El Perú durante el gobierno militar*. Lima: Instituto de Defensa Legal.
- Masterson, D. (2001). *Fuerza Armada y Sociedad en el Perú moderno: un estudio sobre relaciones civiles militares, 1930-2000*. Lima: IDEPE.
- Mercado, E. (1983). “Canciller tercermundista”, *Tello*: I, pp. 283-309.
- Meza Cuadra, A. (1983). “Lealtad militante”, *Tello*: I, pp. 311-380.
- Morales Bermúdez, F. (1983). “El relevo de Pachía”, *Tello*: II, pp. 9-60.
- Pease, H. (1977). *El ocaso del poder oligárquico. Lucha política en la escena oficial, 1968-1975*. Lima: Desco.
- Pease, H. (1979). *Los caminos del poder. Tres años de crisis en la escena política*. Lima: Desco.

- Pease, H. y Verme Insúa, O. (1974). *Perú 1968-1973, cronología política*. Lima: Desco, 3 vols.
- Pease, H. y Filomeno, A. (1977). *Perú 1975, cronología política*, IV. Lima: Desco.
- Prieto, F. (1996). *Regreso a la democracia. Entrevista biográfica al general Francisco Morales Bermúdez Cerruti, presidente del Perú (1975-1980)*. Lima: Realidades.
- Rodríguez, L. (1983). “Movilización social”, *Tello*, 1983: II, pp. 61-114.
- Suárez, L. y Kruijt, D. (2015). *La Revolución cubana en nuestra América: el internacionalismo anónimo*. Panamá: Ruth Casa Editorial.
- Tantaleán, J. (1983). “La Misión”, *Tello*: II, pp. 115-166.
- Tello, M. (1983). *¿Golpe o revolución?, hablan los militares del 68*. Lima: SAGSA, 2 vols.
- Vargas, L. (1983). “Civilización occidental y cristiana”, *Tello*: II, pp. 167-208.
- Valdés, A. (1983). “La fuerza y la ley”, *Tello*: II, pp. 241-279.

FUENTES PRIMARIAS

Archivo Histórico de Marina, Lima.

Biblioteca de la PUCP, Borradores de las actas del Consejo de Ministros del gobierno Velasco.